

# SHERLOCK HOLMES Y EL HEREDERO DE NADIE

rodolfo martínez



Dallas, noviembre de 1963. Según la versión oficial, un loco solitario abate a tiros a John F. Kennedy, a pesar de los esfuerzos de William Hudson, de los servicios secretos británicos, por salvar al presidente de los Estados Unidos. Tras la conjura para eliminarlo se adivina la sombra de una figura conocida como Nadie, un enigmático megalómano cuyos orígenes se remontan al siglo XIX...

California, 1880. Un joven Sherlock Holmes recorre el Oeste americano como actor de una compañía de teatro especializada en Shakespeare. Pero un misterio se cruza en su camino y, sin dudarlo, el futuro detective consultor deja la *troupe* y se enfrasca en resolverlo.

Las pistas lo conducirán a una increíble ciudad oculta en medio del desierto donde los herederos de una tecnología prodigiosa se preparan para desatar una utopía sobre el mundo... o para causar su total aniquilación.

En esta nueva pieza de su obra holmesiana, Rodolfo Martínez toma como punto de partida la genial creación de Arthur Conan Doyle para construir un universo particular donde tienen cabida algunos de los personajes más entrañables de la literatura popular.

*No, señor Hudson, no soy el profesor Moriarty.  
Su cadáver, o lo que queda de él, sigue en  
el fondo de las cataratas de Reichenbach;  
está muerto y ya no es más que un fantasma  
con el que asustar a los niños: el hombre malo  
que intentó apoderarse del mundo y que estuvo  
a punto de matar a su campeón. Pero fracasó,  
¿no es cierto?, como siempre fracasan todos los  
que  
se enfrentan al mejor detective consultor del mun-  
do.  
No. No soy Moriarty. Soy Nadie.*

***Nadie en Sherlock Holmes y la boca del infierno***

## Prólogo

### Al otro lado del espejo

Así que retrocedamos unos cuantos meses, George. Tú habías vuelto con nosotros no hacía mucho. Habías trabajado, paciente y en la sombra, y habías desenmascarado al temible topo que estaba vendiéndonos a Moscú.

Sí, habías vuelto. A regañadientes, pero lo habías hecho. Seguro que habrías preferido ir a la Riviera con Ann o quedarte en tu piso de Bywater Street leyendo a tus poetas alemanes románticos acompañados de la música adecuada y el vino correcto. No sé, lo que sea. Cualquier cosa menos regresar al servicio activo.

Te habías ido para no volver, supongo que pensaste entonces; habías decidido que estabas harto de los politiqueros y las zancadillas de nuestro mundo secreto, habías hecho el petate y nos habías dejado. Lo que, de paso, mandó a hacer gárgaras buena parte de los planes que el abuelo y yo teníamos para ti y para el Servicio. Pero mejor dejamos eso. Además, ya no tiene importancia. Los acontecimientos te sacaron de tu retiro y te obligaron a volver para hacer lo que mejor sabes hacer.

Quizá lo único, ¿no, George?

Yo estaba... digamos que de prácticas. Aquel día se celebraba el funeral de un líder radical, lo que me venía de perlas para que alguno de los chicos se fuera desfogando y adquiriera un poco de experiencia de campo. No es que fuera a descubrir nada, por supuesto. ¿Qué hay que descu-

brir en los grupos radicales de izquierdas? Están tan ostensiblemente al servicio de Moscú que cualquiera con dos dedos de frente puede ver que son totalmente inofensivos. Pero son un buen lugar para mandar a un novato y ver qué tal lo hace. Nada difícil, en realidad: mezclarse con el grupo, tratar de pasar desapercibido y ejercitar un poco las dotes de observación.

Envié a Smithers. Un joven prometedor: mente ágil, mirada despierta y, sobre todo, lleno de ganas y empuje. Un poco bisoño, claro, pero ¿no lo estábamos todos cuando empezamos en esto? Aunque reconozco que a veces tengo mis dudas sobre ti, George: hay días en que tengo la sensación de que siempre has estado ahí, el atento vigía imperturbable que ya nació para el Servicio.

En fin, a lo que íbamos.

Smithers no tuvo problemas para integrarse en el grupo. El chico había hecho un buen trabajo de caracterización, de forma que nadie se fijó en él ni llamó la atención de nadie. Al menos, eso creí al principio, desde mi cómoda posición de mendigo a la entrada del cementerio con la mano mugrienta extendida a la espera de algunos peniques.

Sí, ya sé lo que me vas a decir, George. Mi puesto de observación tendría que haber estado dentro de una furgoneta discretamente situada en un lugar elevado desde el que pudiera contemplar la escena a mi antojo e incluso grabarla si la situación lo requería.

Pero me temo que he heredado el gusto por lo teatral del abuelo. Y además, aquello no era más que una práctica, no estaba en juego el futuro del mundo libre ni nada parecido.

Al principio todo parecía ir bien. Una especie de *beatnik* mal encarado vociferó su panegírico en honor del muerto, se leyeron fragmentos de *El capital*, se lanzaron claveles sobre el féretro y, con el puño en alto, todos terminaron entonando algún canto proletario. Vi que Smithers no parecía

tener dificultad para mezclarse en todo aquello. Ya te he dicho que el muchacho prometía. En aquellos momentos era un camarada más, entregado a la causa y con el gesto arrebolado.

El funeral terminó; algunos empezaron a irse y otros formaron corrillos. Smithers se acercó a uno de ellos: lo hizo de un modo natural, discreto, sin llamar la atención. No soy muy dado a darme a mí mismo palmaditas en el hombro, pero no pude menos que felicitarme por el comportamiento del muchacho. Mi entrenamiento estaba dando sus frutos, y Smithers había aprendido bien sus lecciones y sabía ponerlas en práctica.

Luego, de repente, alguien se acercó a él. Un tipo bajo, concentrado, con la cabeza agachada y el rostro medio en sombras a causa de la gorra que llevaba. Tocó a Smithers en el brazo, intercambió unas palabras con el muchacho y luego se alejaron unos metros para hablar a solas.

No pude oír lo que dijeron, como puedes suponer. Smithers no hablaba mucho. De vez en cuando se encogía de hombros o hacía un gesto de negación con la cabeza, sin que su interlocutor se viera afectado por ello. Durante todo el rato que estuvieron hablando, no dejó de fumar. Al fin, pareció darse por satisfecho, encendió un último cigarrillo y le hizo una señal a Smithers. Éste permaneció indeciso unos instantes, antes de darse la vuelta y echar a andar hacia la salida del cementerio, que a aquellas alturas estaba casi completamente vacío.

Cuando Smithers pasó junto a mí, vi que estaba alterado. Ni siquiera se molestó en fingir que no pasaba nada. Durante unos instantes, consideré la conveniencia de volar mi tapadera, acercarme a él y tratar de averiguar qué había pasado.

Acabe decidiendo que era mejor esperar a que el muchacho hubiese vuelto a la central: no sabía quién podía estar observándonos en aquellos momentos y, por más que

estuviera casi convencido de que todo aquello no era más que una tontería intrascendente, prefería no arriesgarme.

Así que dejé ir a Smithers y entré en el cementerio. No había ya rastro alguno del tipo de la gorra, lo que no me sorprendió demasiado. Siempre en mi papel, me acerqué al lugar donde se había celebrado el funeral, deteniéndome de vez en cuando a rebuscar por el suelo. Si alguien me estaba observando, lo único que debía ver era a un mendigo tambaleante, en busca quizá de alguna moneda caída o de algún objeto que para él fuera de valor. Llegué al lugar donde Smithers y el de la gorra habían estado hablando y allí encontré lo que buscaba: cinco o seis colillas aplastadas entre el barro. Recogí una y seguí mi camino.

Media hora más tarde me deshacía de los últimos restos de mi disfraz con ayuda de una esponja húmeda. A mi lado, en la mesa, había una colilla de Camel. Y en mi mente se estaba empezando a formar el inicio de una sospecha.

Porque no podía quitarme de encima la idea de que conocía al hombre del cementerio. De que, en algún momento de mi pasado, había habido una figura baja y concentrada que fumaba sin parar.

Dejé aquello a un lado, de momento. Mandé la colilla al laboratorio y pedí que me enviaran a Smithers.

—Me temo que aún no ha vuelto, señor Hudson —me dijo el portero.

Aquello no me gustó, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto. Así que aparqué el asunto y pasé el resto de la tarde revisando algunos expedientes de los muchachos a mi cargo.

Sí, George, claro que sonrío. Cómo no voy a hacerlo. Estoy seguro de que los burócratas creían estar apartándome de la línea de poder cuando me convirtieron en niñera de los espías novatos. Debieron de frotarse las manos y darse palmaditas de satisfacción unos a otros: habían encontrado el lugar perfecto para que aquel tipo molesto dejara de estorbar.

Lo que no sabían era que ellos no eran los que me habían puesto allí. Estaba exactamente en el lugar en el que quería estar: un sitio que me permitía moldear las mentes de los nuevos agentes a mi imagen y semejanza. ¿Apartarme del poder? Idiotas.

Ah, ya veo.

Sí, George, no me vengas con ésas. Claro que lo veo. Así que llegasteis a pensar que yo era el topo, ¿verdad? Que precisamente mi posición en la guardería me colocaba en la situación perfecta para reclutar agentes para Moscú. No es mala idea, desde luego. Y sí, antes de que lo preguntes, fue uno de los motivos por los que acabé allí, precisamente. Mi prioridad era educar las mentes de los novatos de la manera adecuada, pero tengo que reconocer que también estaba allí para impedir que alguien más lo estuviera; alguien que quizá no fuera de fiar.

Además, me mantenía al margen de las luchas por el poder, me colocaba en una posición que me permitía no pertenecer a ningún bando.

Te preguntaría en qué momento dejaste de sospechar, pero conociéndote, supongo que no dejaste de hacerlo nunca, ni siquiera cuando desenmascaraste al traidor. No me resulta muy difícil ver girar los engranajes en tu cabeza, George. Los demás quizá respiraron aliviados cuando sacaste a la luz al topo, pero sé que tú no estabas tranquilo. ¿Cuán lejos había llegado dentro del Servicio, te dijiste, cuántos colaboradores había reclutado, cuántos de nuestros agentes eran de fiar y cuántos trabajaban realmente para él?

Ya veo que no vas a soltar prenda. No es que lo esperase, en realidad. Y tampoco hace falta. Me conoces, George: sé leer a través de ti. El abuelo me enseñó bien, y nunca he sido un alumno precisamente torpe.

Pero no importa. Sigue adoptando tu aire de esfinge: yo haré como que me impresiona y continuaré hablando.



Consulté al laboratorio: habían encontrado un par de huellas parciales y estaban trabajando en identificarlas. Nada hasta el momento. La saliva que había en la colilla, por otra parte, les había permitido identificar el tipo de sangre de nuestro amigo de la gorra. Nada realmente extraordinario, en realidad; cierto que era un tipo bastante común entre los esclavos, pero tampoco resulta infrecuente entre nosotros.

Eran las seis de la tarde y Smithers aún no había regresado. Para entonces no me importa confesar que estaba intranquilo. Envié a alguno de los muchachos a buscarlo a su piso y a los lugares que solía frecuentar. Nada. Ni rastro de él.

¿Se estaba escondiendo? Y si era así, ¿por qué? Y, sobre todo, ¿se escondía de nosotros o de ellos?

Algunas de esas preguntas encontraron respuesta a las pocas horas, en forma de una llamada de la policía. Tenían un cadáver, me dijeron, y creían que era uno de los nuestros.

## Primera parte

### El tirador solitario

## Capítulo Primero

### El fumador en el cementerio

Sherlock Holmes era la última persona a la que esperaba encontrar en la puerta de mi casa aquella tarde de finales de 1931. Plantado en el umbral, me miraba con el mismo brillo socarrón de siempre en los ojos y me saludó como si no hubieran pasado más de cinco años desde la última vez que nos habíamos visto.

—Debería refrenarse, Watson —me dijo una vez lo hube invitado a entrar—. Ya no está usted en edad de perseguir jovencitas.

—No diga tonterías, Holmes —le respondí—. Le aseguro que...

—Mi querido amigo —dijo mientras se sentaba frente a mí—, es inútil que intente convencerme de lo contrario. ¿De verdad pretende que crea que nadie se ocupa de usted estos días? Hace mucho que nos conocemos y sus hábitos de solterón empedernido me son lo bastante familiares para esperar encontrar huellas de ellos en su domicilio. Sin embargo, a la vista salta que alguien se ocupa de la casa. Y desde luego no es usted.

Abrí la boca, pero me lo impidió con un gesto de la mano.

—Sé lo que va a decir, pero dudo que sea cosa del servicio o de alguna abnegada ama de llaves ya bien adentrada en la madurez. Hay una mujer joven detrás de este or-

den; joven y de gustos modernos. Es evidente para cualquiera que sepa mirar.

Me encogí de hombros.

—Es cierto que cuento con ayuda femenina —dije—. Y también que se trata de una mujer joven. Pero de ahí a lo que insinúa usted...

—Bien, mi querido amigo, no insistiré. Pero créame que me resulta difícil de creer que su acicalamiento personal sea por pura vanidad y no para impresionar a su joven asistente.

—Es usted libre de creer lo que quiera, Holmes, pero le aseguro...

—Será mejor que no me asegure nada, Watson. Dejémoslo estar. Al fin y al cabo, no es asunto mío, y si usted no fuera tan indulgente como lo ha sido siempre con mis excentricidades, así me lo habría hecho notar desde el principio. Me disculpo, amigo mío; la naturaleza de sus relaciones con la señorita... Violet (confieso desconocer su apellido) le incumben a usted y sólo a usted.

Traté de mantenerme impassible ante el nombre que acababa de mencionar, aunque estoy seguro de que no tuve demasiado éxito. Holmes, sin embargo, no le dio ninguna importancia a sus propias palabras y se limitó a sacar su bolsita de tabaco y liarse un cigarrillo con una media sonrisa asomando a su rostro anguloso.

Violet Hunter llevaba un tiempo ocupándose de mi casa, ayudándome a mantener las cosas en su sitio y asegurándose de que todo estaba como debía. Hija como era de unos viejos amigos, la conocía prácticamente desde niña y es cierto que siempre había manifestado una inclinación (de carácter totalmente inocente) hacia mi persona. En cierto modo, creo que fue mi influencia lo que la decidió a emprender los estudios de medicina, y confieso que sentía cierto orgullo por ello. En cuanto a lo que Holmes pretendía insinuar con sus comentarios... No diré que por una vez su afilada mente había visto más de lo que había, pero ni el

más sagaz de los hombres está libre de cometer una equivocación.

Holmes terminó de liar su cigarrillo y, mientras yo me preguntaba cómo habría hecho para deducir el nombre de mi joven amiga, lo fumó con placidez. Como he dicho, hacía algo más de cinco años desde la última vez que nos habíamos visto, y en aquel tiempo no había cambiado gran cosa. Lejos de aparentar su verdadera edad, se mantenía en una espléndida e indefinida madurez que no parecía tener ninguna prisa en abandonar. Mientras los demás envejecíamos (y los achaques de la edad nos iban ganando y mermando nuestras fuerzas), daba la impresión de que el paso del tiempo no existía para él. Ya no era el joven estrafalario que me había presentado Stanford más de cincuenta años atrás, pero era como si envejeciera a un ritmo más lento que el resto de nosotros.

—Parece que las cosas le van bien, amigo mío.

Sus palabras interrumpieron mis pensamientos y, ante ellas, no pude evitar una sonrisa.

—No me puedo quejar, Holmes. Y en buena medida se lo debo a usted. El público aún gusta de sus historias. Y a mí aún me gusta escribirlas.

Holmes meneó la cabeza.

—Son sus historias, Watson, no las mías. Es usted quien hace que los lectores las aprecien.

—Gracias —respondí, sorprendido ante un cumplido tan inesperado por su parte.

—No me las dé. En realidad, mis palabras no pretendían ser halagadoras. Sabe lo que pienso de sus crónicas sobre mis actividades: siempre ha insistido en centrar la atención sobre los aspectos más... emocionales del asunto, en lugar de limitarse a detallar la inevitable cadena de deducciones que me han llevado a resolver el caso. Tenía ante usted una oportunidad de oro, Watson, sus historias podrían haber sido el libro de cabecera de generaciones enteras de detectives. Podría haber escrito el manual definitivo

del arte de la deducción detectivesca. Y en lugar de eso, ha preferido convertirlo todo en intrigas novelescas que poco o nada aportan a lo esencial.

Pese a los años transcurridos, aún me dolían las críticas a mi trabajo. Así que no pude menos que removerme incómodo en la butaca y decir:

—Los lectores parecen opinar de otro modo.

—Así es —asintió él—. De ahí que afirmara que son sus historias y no las mías. Es su modo de contarlas lo que las ha hecho populares. Algo que deploro, pero que a usted parece haberlo colocado en una situación más que desahogada.

—No me puedo quejar.

Holmes sonrió.

—Es la segunda vez que dice eso, amigo mío, lo cual no deja de resultar curioso. Además, las personas siempre pueden quejarse, no importa lo bien que les vayan las cosas. Me temo que eso es una verdad universal. Pero le entiendo, Watson. Desde luego, parece usted un hombre satisfecho de sí mismo y de sus circunstancias.

Dejó que la sonrisa muriera lentamente en el rostro y me di cuenta que me miraba con una expresión que sólo pude calificar de nostálgica. Una vez más, tras aquella apariencia fría y arrogante, Holmes desvelaba que no estaba exento de flaquezas humanas y que también él era permeable a la emoción. Comprendí que echaba de menos los viejos tiempos y así se lo hice notar.

—¿Echarlos de menos? —Se encogió de hombros—. Sin duda fueron épocas más sencillas, donde todo parecía estar más claro para todo el mundo. Y es cierto que fue una buena época.

—«Era la mejor de las épocas...».

—«Era la peor de las épocas» —dijo él, terminando la cita de Dickens—. Sí, en cierto modo, esa antítesis define a la perfección mis años de actividad como detective consultor. Fue, sin duda, la mejor y la peor de las épocas, la edad

de la razón y la edad de la locura, la estación de la luz y la estación de las tinieblas. Así que, en cierto modo, y por seguir el juego, digamos que la echo de menos y me alegro de que ya haya pasado.

Creo que fue en ese momento cuando empecé a sospechar que Holmes no había venido a visitarme por el puro placer de charlar conmigo. Cierto que, desde que se había retirado a principios de siglo, venía a verme de vez en cuando; nunca muy a menudo, pero lo bastante para no perdernos del todo la pista. Alguna vez he dicho que para él yo era una más de sus costumbres, como el tabaco en pipa, la zapatilla persa, los experimentos químicos o las improvisaciones de violín; y supongo que, de vez en cuando, necesitaba una «dosis» de Watson, al igual que la había necesitado de cocaína, mucho tiempo atrás.

Otras veces, sin embargo, nos habíamos encontrado por razones profesionales, como en el caso del asesino fingido, en el que yo le hice venir a Londres, o cuando me pidió ayuda para detener a Von Bork, el espía al servicio del Kaiser en los días que precedieron a la Gran Guerra.

Aquella noche, mientras mi amigo parafraseaba a Dickens, tuve la sensación de que aquella visita no obedecía a ninguno de los dos motivos que acabo de relatar. O quizá, en cierto retorcido modo, obedecía a ambos.

—No se equivoca, Watson —me dijo, sacándome una vez más de mis pensamientos y, de paso, demostrando de nuevo que los había seguido como si él mismo los hubiera formulado—. Ésta no es una simple visita social. Pero tampoco es enteramente profesional. No vengo a pedirle ayuda en uno de mis casos. Vengo para...

Vaciló y, durante un instante, fue incapaz de sostener mi mirada. El asombro que experimenté en ese momento es difícil de describir. Pero más aún lo es el temor que me embargó. ¿Qué estaba pasando?

—Tengo algo que contarle, Watson, viejo amigo. Si creyera en estas cosas, le diría que tengo algo que confesar.